

Lo que devora el tiempo
Andrew Hartley



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2011, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2009, A. J. Hartley

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Primera parte

Pues que ni bronce o piedra o tierra o mar sin linde,
no hay brío que cruel mortalidad no tuerza,
¿cómo hermosura ante el furor que todo rinde
luchará, si no es más que de una flor su fuerza?

Oh, ¿cómo el dulce aliento del verano frente
le hará al embate de los días en balumba,
cuando ni hay torre inexpugnable ni valiente
puerta de hierro tal que al Tiempo no sucumba?

Negra visión: ¿en dónde, ay, la mejor prenda
del Tiempo contra el Tiempo encontrará guarida?
¿Qué fuerte mano a su corcel tendrá la rienda?
¿O quién que su saqueo de hermosura impida?

Ah no, nadie; a no ser que, por milagro raro,
mi amor en negra tinta esté luciendo claro.

—William Shakespeare, «Soneto 65»

Thomas Knight se quedó inmóvil, una mano en la cafetera y la otra apoyada sobre el grifo de la pila. Todavía estaba oscuro fuera y la luz de la cocina solo debería mostrar un fleco verde del tejo del patio, pero había algo más. Algo en la ventana. No estaba seguro de si lo había visto reflejado en la cafetera eléctrica o lo había vislumbrado por el rabillo del ojo, pero sabía que había algo, algo extraño. Algo que no debía estar allí.

Se quedó parado durante unos segundos, como si estuviera esperando a que ese algo se moviera, pero sabía que no lo haría y que tendría que volverse y mirarlo directamente. En esos momentos tan solo era una impresión de colores que no deberían estar allí (un óvalo pálido con pequeños toques de rojo y amarillo en marcado contraste con la oscuridad del patio), pero cuando lo mirara, tomaría forma y sentido. No quería mirar.

Se volvió lentamente, y, aunque no se sorprendió, la confrontación con la realidad casi le hizo gritar. Había un rostro de mujer apoyado contra el cristal.

Sus ojos estaban abiertos, de par en par, como si estuviera mirándolo, pero Thomas no le hizo gestos para que se marchara, ni la amenazó con llamar a la policía. Había algo demasiado ausente y petrificado en aquellos ojos. No lo estaban mirando.

Estaba apoyada contra la ventana, pero su postura era un tanto extraña, y también había una mancha en el cristal: ¿sudor?, ¿maquillaje? Estaba completamente inmóvil, así que Thomas dio un desconfiado paso hacia la ventana, deseando que aquella figura resultara ser un maniquí, vestido y colocado allí como broma de final de curso por alguno de sus estudiantes con mayor iniciativa.

Pero ella era real. Dio dos pasos cautelosos más hacia la ventana.

El cristal solo reflejaba oscuridad por todas partes salvo en aquel rostro apoyado contra el cristal, iluminado por la luz de la cocina de tal modo que

parecía flotar como un globo en una fiesta. Daba la impresión de estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Su nívea piel, delicada y fina, comenzaba a translucir. Iba muy bien maquillada, sus labios tenían un leve color carmesí que la favorecía, y sus dientes eran anormalmente blancos. Pero fueron los ojos lo que más lo impresionaron. Estaban abiertos de par en par, fijos, con una expresión que bien podría ser de sorpresa.

O de terror.

Uno era de un verde turbio y apagado, el otro de un extraño tono violeta. Thomas dejó la cafetera y cogió el teléfono que tenía puesto en la pared con los ojos aún fijos en el rostro inmóvil de la ventana, pero no marcó. Primero iría fuera. Necesitaba asegurarse.

La cocina tenía dos ventanas, una daba al sur (al patio trasero) y la otra al este, donde se encontraba la mujer. Thomas salió a la heladora noche y se cerró bien el albornoz cuando echó a caminar descalzo por el frío camino. Desde la parte delantera de la casa no se veía a la mujer, y solo cuando pasó el oscuro tejo que crecía en el rincón y recorrió el estrecho camino situado entre la casa y el frondoso seto de ligustros de la puerta contigua, la pudo ver. No estaba exactamente de pie, lo que significaba que era bastante más alta de lo que se había imaginado, sino que estaba desplomada sobre una de las aucubas plantadas a lo largo del oscuro cimiento. Allí, la única luz era el resplandor mate de la ventana de la cocina, que había conferido una intensidad sobrenatural al rostro de la mujer desde el interior. Allí fuera, la luz solo rozaba levemente el verde y dorado de los extremos de las plantas. La mujer era poco más que la silueta de su cabeza; su cuerpo se perdía en las sombras.

Thomas se acercó hasta ella lentamente, alerta ante cualquier posible movimiento, cualquier cosa que hiciera que la naturaleza de tal rareza matutina se convirtiera en algo más mundano. Podía tratarse de una anciana demente que se había fijado en su casa por motivos solo por ella conocidos y que quizá al verlo se marchara farfullando de manera incomprensible.

—Discúlpeme —dijo, y cuando ella no respondió, no se movió, le puso la mano en el hombro.

Entonces lo supo. Sintió el frío resbaladizo del fluido en su umbroso hombro y retrocedió.

Demasiado tarde. Al tocarla, la mujer se movió. Rodó y cayó al suelo, y la luz de la ventana reveló la espantosa forma cóncava de la parte posterior de su cabeza y la sangre que empapaba su espalda como si de una capa se tratara.

Thomas ya llegaba dos horas tarde al trabajo, pero la policía seguía allí. Había vuelto a contar con todo detalle el espeluznante descubrimiento de la mañana, pero no tenía mucho más que aportar. No, no había visto a esa mujer antes, y no, el lugar donde yacía no era el mismo donde la había encontrado. Se había caído cuando él la había tocado, y lamentaba mucho haber contaminado la escena del crimen, pero no sabía a ciencia cierta que estuviera muerta...

Contó la historia dos veces, una a un agente uniformado que lo trató como a un imbécil que había comprometido deliberadamente su investigación, y otra a una agente de paisano llamada Polinski que parecía simplemente eficiente. Thomas dedujo que no sabían quién era la mujer.

—No hay monedero, ni tarjetas de crédito, ni documento de identidad —dijo la agente—. El tipo de ataque parece sugerir un atraco.

—¿El tipo de ataque? —dijo Thomas, incómodo por su propia curiosidad, pero al mismo tiempo intentando dejar entrever que él no tenía nada que ver con aquello. Thomas era un hombre grande, de más de un metro noventa y anchas espaldas. La gente que no lo conocía daba por sentado que se trataba de un hombre atlético, recio. Se había percatado de que dos policías lo observaban como si estuvieran midiéndolo, evaluando su tamaño, aunque Thomas sospechaba que algunos de ellos ya sabían quién era él.

—Parece que la golpearon por detrás con un ladrillo. Lo hemos encontrado tras el seto. Lo tienen los del laboratorio.

Thomas, ya escarmentado, no dijo nada.

Lo tuvieron allí durante cuarenta y cinco minutos más y luego le dijeron que podía marcharse. Cuando entró de nuevo en la casa para poner en orden sus cosas vio que las manos le temblaban. Se miró en el espejo. Estaba pálido, parecía un muerto. De repente le entraron náuseas y corrió al baño, pero

cuando llegó allí nada ocurrió. Se quedó sentado durante cinco minutos en el borde de la bañera y a continuación bebió un gran vaso de agua helada. Se sintió mejor.

Thomas se vistió para ir al trabajo, percibiendo el silencio de la casa después de que todo el mundo se hubiera marchado y la extrañeza de ponerse la corbata a media mañana. Quería llamar a su mujer, Kumi, a Japón, solo para escuchar el sonido de su voz hasta que el mundo volviera un poco a la normalidad. Daba igual lo que le dijera. Bastante era que se hablaran de nuevo.

El sibilante reloj de pie del vestíbulo dio las once. Se lavó los dientes de nuevo, se pasó la mano por la barbilla sin afeitar y decidió solucionarlo. No estaba seguro del motivo, pero le parecía importante ir a clase con aspecto sereno y profesional, con un aspecto diferente a cómo se sentía.

Quizá si todo el mundo da por sentado que se trata de un día normal y corriente, pensó, será así.

Pero no era un día corriente, y no por el cadáver de su ventana. Con el caos de la mañana, había olvidado que sus clases de primera hora habían sido canceladas y el instituto cerrado por el funeral de Ben Williams. Thomas lo recordó tan pronto como llegó al aparcamiento vacío situado detrás del instituto Evaston Township.

Soltó una palabrota, dio la vuelta y condujo hasta la iglesia metodista Hemingway en Chicago, donde Ben Williams había trabajado como voluntario en el comedor de beneficencia. El oficio religioso ya había concluido y la gente estaba saliendo en grupos, así que Thomas se quedó sentado en el coche junto a la acera con la radio apagada. Reconoció a muchos de los chicos, incluidos a unos cuantos que habían terminado el instituto cinco o seis años atrás, la mayoría de ellos negros. ¿Tanto tiempo había pasado desde que Williams había estado allí? No le parecía que fuera así, pero últimamente siempre le ocurría eso. Thomas tenía treinta y ocho años y llevaba una década dando clases en institutos. Ben Williams tenía veintitrés años; un chico popular, inteligente y amable, y un gran receptor de los Evaston Wildkits. Solo se había alistado en la Guardia Nacional porque le ayudaba a costearse la universidad. Tras su periodo de servicio tenía pensado dedicarse a la docencia, como Thomas. Hacía una semana lo habían matado en Iraq. Thomas no sabía los detalles.

Había sido su profesor de lengua y literatura inglesa. No podía recordar qué habían estudiado ese año. ¿*Julio César*? Tan pronto como le vino a la mente el título de la obra supo que así había sido, y recordó también que Williams se había encargado de organizar una representación de dos o tres escenas de la tragedia. Aquellos recuerdos regresaron con tanta fuerza que

Thomas no alcanzaba a creer que hubiese podido olvidarlos, a ellos y al carismático chico que lo había organizado todo. Williams había representado el papel de Marco Antonio. Thomas creía recordar que habían hecho la escena del asesinato y la siguiente, quizá incluso las oraciones fúnebres, pero lo único que podía visualizar con claridad era a Ben Williams hablando a la gente de clase como si fuera el pueblo de Roma:

El mal que hacen los hombres les sobrevive;
el bien queda frecuentemente enterrado con sus huesos;
sea así con César. El noble Bruto
os ha dicho que César era ambicioso:
si lo fue, era la suya una falta,
y gravemente lo ha pagado.
Con la venia de Bruto y los demás
—pues Bruto es un hombre honrado:
como son todos ellos, hombres todos honrados—
vengo a hablar en el funeral de César.

A Thomas le sorprendió lo bien que recordaba aquellos versos, pero sin embargo había olvidado (o casi) al chico que los había hecho memorables.

Veintitrés. Si solo lo hubiera leído en la prensa, si nunca hubiese conocido a Williams, el funeral le habría producido una diatriba privada acerca de la guerra, pero no sentía indignación, solo pérdida y futilidad. Comenzó a pensar en el potencial frustrado de Williams, pero desechó esos pensamientos por ser clichés. Deseaba una conexión mayor con su otrora alumno, pero no recordaba nada de él más allá de la representación para convertir a aquel chico en algo real. Pensaba en Williams, pero también en que sus treinta y ocho años pesaban, y mucho, en él. A los veintitrés estaba dando clases en Japón, ni siquiera había comenzado el doctorado. Había conocido a Kumi. Es más, ya se había enamorado de ella. Veintitrés.

Qué extraño, pensó, que a los veintitrés ya fueras gran parte de lo que eres.

Lo recordaba todo, el olor de su apartamento en Japón, la bicicleta que había usado todos los días, la emoción de ir a ver a Kumi. Había pasado mucho tiempo, pero el recuerdo era tan vívido que Thomas sonrió como si siguiera en ese momento, como si no hubiera abandonado el doctorado, como si no se hubiera separado de su mujer, como si no hubiera encontrado un cadáver en la ventana de su cocina. Contempló sus manos, apoyadas a las diez y a las dos en punto sobre el volante del coche. Manos grandes. Fuertes. Pero la piel era más recia que antes, no tan suave. Miró

de nuevo la iglesia y se preguntó si perder a un antiguo alumno era como sobrevivir a tus propios hijos.

Es sorprendente, pensó, la manera en que haces que todo lo referente a ti...

—La naturaleza de la bestia —dijo en voz alta.

¿Y por «bestia» te refieres a?

La vida, suponía.

Permaneció allí sentado, repitiendo mentalmente todo lo que pudo desenterrar de Ben Williams y observando a los chicos subir a los coches y a los autobuses amarillos mientras los antiguos compañeros de clase de Ben Williams se abrazaban, estrechaban manos y juraban mantenerse en contacto.

Ya bien entrada la tarde, el horror de la mañana parecía muy lejano y no le sorprendió del todo encontrarse la casa vacía cuando llegó. El único rastro de la investigación era la cinta amarilla que habían colocado para evitar que la gente se acercara al lugar donde se había encontrado el cadáver y un coche patrulla al final de la calle. Un par de agentes estaban yendo de casa en casa. Casi había logrado olvidar lo que había ocurrido, lo había empujado a algún oscuro lugar de su mente y había intentado no mirar allí. Ahora que estaba de vuelta, todo volvía a ser real. Mientras recorría el camino que conducía a la puerta principal, le volvieron a entrar náuseas.

Una vez dentro, Thomas tomó un vaso de agua, cogió el teléfono, marcó un número de dieciséis dígitos y esperó.

—Hola Tom —dijo Kumi.

—Ya no dices *moshi moshi* —dijo Thomas, sonriendo.

—A ti no —dijo ella—. Eres la única persona que me llama a estas horas intempestivas.

—¿Qué tal todo por Tokio? —dijo. Oír la voz de Kumi era como darse un buen baño caliente.

—Oh, ya sabes, lo normal. El Departamento de Estado quiere que me encargue de unos asuntos de propiedad intelectual con China, un tema que desconozco por completo.

—¿Y están al tanto de que hablas japonés, que no es lo mismo que chino?

—Oh, sí. Les han dado una beca.

—Entonces, ¿por qué tú?

—Quién sabe. Piensan que parezco simpática.

—Eso es que no te conocen —dijo Thomas.

—Nadie me conoce como tú, Tom —dijo con la misma ironía de siempre—. O al menos hay partes de mí que solo tú ves.

—Eso espero —dijo Thomas.

—No me refería a eso —dijo ella—. Tienes la mente de un...

—¿Estudiante?

—Sí, supongo —dijo—. ¿No eres ya un poco mayor para esas cosas?

—Probablemente —dijo—. Pero en ocasiones siento que solo llegué a conocerte de veras a esa edad.

Le pareció oír que suspiraba. Durante años habían estado separados, furiosamente separados. Al menos en esos momentos volvían a hablarse, quizá más que eso, aunque resultaba difícil saberlo. Nunca habían dejado de estar casados, al menos técnicamente.

—¿Qué tal van tus clases? —preguntó Thomas.

Kumi había decidido que, dado que iba a estar en Japón, no le vendría mal una inmersión en su patrimonio cultural. Se había apuntado a tres cursos: karate, cocina japonesa tradicional e *ikebana*: el arte japonés de arreglo floral. Ese era el primero al que había ido.

«Esas mujeres me volvieron loca —le había dicho—. Todo tenía que ser exactamente como decían. Y solo había una manera de hacerlo. Colocan dos trozos de bambú y una camelia sobre una piedra y parece que estén desactivando un misil nuclear. Miran el mío y dicen: "Está mal". ¿¡Mal!? ¡Es un arreglo floral! Tuve que salir de allí antes de matar a alguien.»

Eso había sido dos semanas antes.

—No sé cuánto tiempo voy a durar en karate —le dijo esa noche—. Dicen que no me concentro y que soy demasiado agresiva.

Thomas soltó una carcajada.

—Deja de reírte, profesor de inglés —dijo Kumi—, o iré allí y te patearé el culo.

—¿Cuándo? —dijo él.

—Cuando haya dominado el *sushi*—respondió Kumi—. Eso se me da mejor. Todo eso del zen tiene más sentido cuando estás preparando arroz y aperitivos de algas marinas que cuando alguien está intentando darte una patada en la cabeza.

—Escucha —dijo Thomas—. Ha ocurrido algo y necesito hablar contigo.

Le habló de la mujer muerta y ella le formuló las preguntas adecuadas hasta que Thomas ya no tuvo más respuestas y se hizo el silencio. Entonces le habló del funeral de Ben Williams.

—No me suena que me hayas hablado de él —dijo Kumi.

No había sido una crítica, pero Thomas se irritó.

—Por aquel entonces no me hablabas, ¿recuerdas?

—Dos no pelean si uno no... —dijo ella.

—Cierto —admitió Thomas.

—Siento no poder ir a los Estados Unidos en este momento, Tom.

—Oh, lo sé —dijo Thomas, contento de que al menos se lo hubiera planteado—. No sé qué me ha afectado más, el asesinato o el funeral. Ha muerto a la misma edad que yo tenía cuando nos conocimos.

—¿Sí?

—Esas cosas te hacen pensar —dijo. La vacuidad de la frase le obligó a seguir hablando—. Es decir, hacen que te des cuenta del poco tiempo que tienes, o que puedes tener, de que deberíamos...

—¿Vivir el momento?

—Algo parecido, sí.

—¿Estás bien, Tom?

—Sí —dijo—. Perdona, tan solo me siento un tanto... melancólico, supongo. Tengo treinta y ocho años, Kumi, ¿sabes? Treinta y ocho. Eso me sitúa en el ecuador.

—¿En el ecuador de qué?

—De la vida —dijo Thomas—. Es decir, de acuerdo con la esperanza de vida media. Más del ecuador si algo ocurre...

—Oh, qué conversación tan alegre —dijo Kumi.

—Lo siento.

—Lamento no estar allí, Tom, pero tú no me quisiste de vuelta antes.

—No es cierto —dijo Thomas—. Sí que quería, aunque no lo supiera.

Kumi se rió y Thomas intentó sacar provecho de la ventaja que aquello le proporcionaba.

—Entonces, ¿de cuánto tiempo estamos hablando? ¿Seis meses? ¿Un año?

—Tom —dijo Kumi. Ahí estaba de nuevo, el tono cauteloso, la negativa a implicarse con él, con «ellos»—. No estoy segura. Ahora mismo no puedo pensar en eso. El proyecto en el que estoy trabajando promete mucho. Me quejo de mi trabajo, pero es parte de mí. Entre tú y yo, soy bastante buena en ello y, la mayor parte del tiempo, me encanta. Deja que termine con esto y luego hablaremos. Te lo prometo.

—¿Semanas?

—Dos. Tres, quizá.

—De acuerdo.

—Bien —dijo Kumi. Se rió, una breve exhalación que expulsó la tensión de su pecho, un sonido tan familiar que Thomas casi pudo verlo y cuyo significado comprendía. Era un sonido de alivio, feliz y agradecido, y Thomas supo en ese momento que, mucho tiempo antes de esa llamada, ella

se había estado armando de valor para decirle que todavía no iba a ir, que ni siquiera estaba preparada para hablarlo.

—De acuerdo —dijo de nuevo, preguntándose cuándo volvería a verla, preguntándose también por qué esas llamadas siempre hacían que se sintiera como el participante de un concurso de televisión que queda segundo y regresa a su casa con los premios de consolación que o bien ya tiene o que nunca ha querido tener—. Tan solo quiero tenerte aquí de nuevo.

—Pronto —dijo ella—. Lo prometo.

Thomas estaba ordenando el trastero a rebosar de libros, que con su sorna habitual llamaba «biblioteca», cuando sonó el teléfono. Leía novelas de manera obsesiva durante todo el año. Incluso tras haberse pasado horas corrigiendo trabajos, se repantingaba en el sillón con un vaso de algo y un libro hasta que apenas podía mantener los ojos abiertos. Eso era lo que hacía. Leía despacio, ponderando cada frase en su mente, independientemente del género literario, y siempre terminaba los libros, incluso aunque le llevara semanas, por muy malos que fueran. Aunque por lo general podía prever qué libro iba a ser una pérdida de tiempo ya en las primeras páginas (al igual que, con respecto a sus estudiantes, podía prever con qué tipo de trabajo iba a encontrarse ya en el primer párrafo), no podía dejarlo. Mientras ponía en el suelo una pila de ejemplares en edición rústica en perfecto estado para poder coger el teléfono, pensó que se trataba de un defecto del que estaba secreta y absurdamente orgulloso.

—¿Cómo va todo, señor Knight?

No conocía la voz.

—Bien —dijo Thomas de forma reflexiva—. ¿Quién es?

—Soy David Escolme. Probablemente ya no se acuerde de mí.

—No es así, David —dijo Thomas mientras pensaba en que lo cierto era que sí que se había olvidado por completo de él hasta que había sonado el teléfono.

David Escolme había sido alumno suyo hacía cuánto, ¿diez años? Algo así. Antes que Ben Williams seguro. Y, a diferencia de Williams, Escolme había sido un chico raro, lleno de acné y asocial, bastante más inteligente de lo que le convenía. Habían hablado de música, de lo que en esos momentos se llamaba rock alternativo y sus diversos antepasados, desde el *grunge* hasta grupos más antiguos, extravagantes y difíciles de etiquetar como

XTC. Lo cierto era que había sido Escolme quien le había dado a conocer algunos de esos grupos y le había regalado uno de los álbumes de XTC al terminar el instituto. Thomas todavía lo escuchaba de tanto en cuando.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Escolme dijo:

—¿Sigue escuchando música?

—Algo —dijo Thomas—. No estoy muy al día. Probablemente siga escuchando lo mismo que cuando estabas aquí.

—¿Y leyendo a Sherlock Holmes? Fue usted quien me lo recomendó, ¿recuerda?

Thomas no lo recordaba, y hacía años que no leía a Conan Doyle. Escolme no esperó a oír la respuesta, sino que citó con un ridículo acento británico:

—«¡Ves, pero no observas!» Grandes libros. ¿Recuerda la serie de televisión con Jeremy Brett? Increíble.

—Era buena —dijo Thomas.

Era más que sorprendente escuchar a Escolme tras todos esos años. Había algo extraño en ello. Bajo las apresuradas explicaciones del joven acerca de cómo había dado con su antiguo profesor de instituto, tras las bromas afables sobre aquel periodo, había algo premeditado. Parecía estar leyendo un guión, no con el tono desapasionado de un teleoperador, sino con un afectado descuido, como un actor que intenta pasar por espontáneo cuando lo cierto es que lo lleva todo memorizado.

—¿Conocías a Ben Williams? —preguntó Thomas.

—No —dijo Escolme—. Lo leí la semana pasada. El funeral ha sido hoy, ¿verdad?

—Sí.

—Mala suerte.

Tan inadecuada afirmación irritó a Thomas, por lo que decidió precipitar el final de la conversación.

—¿Querías algo en particular, David? —preguntó.

—Bueno, tiene gracia —dijo su voz a través de lo que parecía un móvil con un tono que intentaba enfatizar que realmente sí que tenía gracia, aunque Thomas lo dudaba mucho—. No sabía a quién recurrir. Sé que han pasado muchos años y que hemos perdido el contacto, pero... bueno, ¿a quién más conozco que lea a Shakespeare?

Thomas frunció el ceño.

—¿Shakespeare? —dijo.

—Sí —dijo David—. Necesito un poco de ayuda con Shakespeare.

Continúa en *Lo que devora el tiempo*